Agustín Cadena

Fábulas del crepúsculo

Osborne/Ficticia (Biblioteca de cuento Anis del Mono), México, 2003, 112 págs.

Juan Antonio Rosado

Tradicionalmente, el crepúsculo expresa el final de un ciclo, la zozobra de un tiempo y, en consecuencia, de un espacio. La muerte de los fenómenos que nos proporcionan la claridad y la luz implica el comienzo del reino de las tinieblas. Interiormente, el estado crepuscular se ha entendido como melancólico y decadente. Pero en el crepúsculo hay también promesa de reinicio: nuevas auroras se implican en la muerte, como la misma muerte en el comienzo de la vida. En los cuentos que Agustín Cadena (Ixmiquilpan, Hidalgo, 1963) reúne bajo el título de *Fábulas del crepúsculo* es notorio ese estado al que me referí al principio, pero también –sobre todo en el último relato– una promesa de juventud. Ahora bien, no nos dejemos engañar por el título del libro. Al igual que el extraordinario narrador guatemalteco Augusto Monterroso, Cadena *engaña* al lector haciéndole creer que sus cuentos son *fábulas*. Sus textos, en efecto, nada tienen que ver con los apólogos tradicionales (o fábulas). He ahí la virtud del título: el placer del arte consiste en *engañar* porque todo él es representación. No obstante, muy lejos están las "fábulas" de Cadena de las sátiras desencantadas de Monterroso. A diferencia de estas últimas (y también de su *Cuento-historia de los gatos*, que Agustín escribió supuestamente para un público infantil, pero que sin duda posee dimensiones mucho mayores), en *Fábulas del crepúsculo* se ha renunciado casi definitivamente al humor. Se trata, en general, de un libro con visión apocalíptica. Digo "en general" porque "El estanque de Siloé" –el cuento más rico en significación y el más variado en sensaciones– se aleja de esa visión.

Autor de novelas predominantemente realistas, como *Tan oscura* o *La lepra de San Job*, Agustín Cadena se interna en mundos imposibles para nuestra realidad, pero posibles en los sueños, en la literatura y acaso en una realidad futura. A partir de imágenes y motivos míticos tradicionales, Agustín construye reinos imaginarios, utopías violentas que son, al mismo tiempo, espejo y parodia, mimesis invertida y traducción "posmoderna" de esos espacios y personajes arcaicos, lo cual significa que –contra el realismo y el historicismo que caracteriza a un parte de la narrativa mexicana– el autor ha preferido elaborar una mitología propia y ecléctica; ecléctica en tanto que lo propio y original no puede constituirse si no es mediante un eclecticismo bien entendido, que no toma de aquí y de allá indiscriminadamente, sino que conoce, ha reflexionado sobre lo que toma, lo ha asimiliado y se lo ha apropiado para transformarlo y forjar –con la precisión de su prosa– una serie de temas y motivos míticos, viejos y nuevos a la vez, frescos y arrugados por el sol crepuscular.

En una ciudad como Nogah, el escritor mezcla presencias alejandrinas ("El faro") con hindúes (los *Shudras*), mesopotámicas (los zigurats), romanas (los denarios), árabes (los atuendos de Adna), el mito apocalíptico ("la tierra se había convertido en el escenario de una fastuosa danza tanática"), entre otras. Hay también mitos como el de la Edad de Oro ("Acéldama"). La utilización de verbos como "copular" y "fornicar", en lugar de los trasnochados eufemismos, resalta la animalidad y la crudeza de ciertos personajes. La prosa suele ser dura como el golpe de un martillo, pero sin escatimar los recursos poéticos cuando éstos enriquecen la imagen. A diferencia de otros escritores mexicanos, Cadena no trata de sorprender al lector con un lenguaje afectado o artificiosamente lírico. La lección romana es "arte de parecer sin arte".

En cuanto a los personajes, el autor parece preferir los arquetipos tal vez inciertos, pero partícipes de una serie de procesos míticos, en lugar de seres con marcadas dimensiones sicológicas. El énfasis se halla en lo simbólico. A pesar de ello, se trata de un mundo inacabado y, por lo menos en parte, de ahí proviene la incertidumbre que algunos personajes emanan. De cualquier modo, la unidad está en el planteamiento de un universo propio y repetitivo, cíclico en su mismo desconcierto. ☼

Fernando Pineda Ochoa

En las profundidades del mar (el oro no llegó de Moscú)

Prefacio de Carlos Montemayor, Plaza y Valdés, México, 2003, 288 págs.

Javier Bañuelos

Sumergidos en la profundidad del mar de la utopía, deslumbrados por la pureza del mito de la Revolución, alentados por la certeza inobjetable de que la historia estaba de su lado y a su alcance, así aparecen los rostros y las voces de quienes participaron en los hechos relatados en este libro testimonial. Su autor, Fernando Pineda Ochoa, fue miembro del Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), grupo guerrillero concebido en 1966 por un grupo de jóvenes mexicanos instalados en la Universidad Patricio Lumumba en Moscú. Reclutado a fines de 1968 en la ciudad de Morelia, se integra al primer comando que viaja clandestinamente a Corea del Norte para ser introducido en el arte de la guerrilla. Detenido en Jalapa en

1971 permanecerá en prisión en la ciudad de México hasta 1977.

Dedicado ahora a la enseñanza de la historia en la Universidad Autónoma de Guerrero y al periodismo en *La Jornada del Sur*, Pineda Ochoa deja correr la voz de su memoria, recupera los testimonios de muchos camaradas y se apoya en diversas fuentes hemerográficas para trazar una visión de la experiencia guerrillera que va más allá de la autobiografía y de la trayectoria particular del MAR. Con una pluma ágil capaz de saltar con propiedad del ensayo histórico a la crónica sin dejar escapar la emoción y el drama contenido en los testimonios personales, el autor logra, por momentos, transmitir el impulso vital que movió a los combatientes de entonces.

El primero de los tres capítulos en que está dividido el libro trata de la fundación del MAR y del proceso de reclutamiento de quienes serían sus primeros cuadros. Más adelante el autor recuerda sucesos y personajes que formaron parte de su estancia en prisión. Finalmente reconstruye el itinerario del MAR a partir de la detención de gran parte de sus cuadros en 1971. Revela con precisión los diferentes intentos por unificar a los grupos guerrilleros teniendo como eje, primero, al Partido de los Pobres de Lucio Cabañas y más tarde a la Liga Comunista 23 de Septiembre. Hay crónicas bien logradas sobre la forma de operar del grupo, desde la planeación y ejecución de asaltos hasta enfrentamientos con las fuerzas del gobierno.

Son varias las razones por las que en los últimos años el tema de los movimientos guerrilleros, tratado en novelas o en ensayos históricos, ha cobrado gran importancia tanto en oficinas gubernamentales como en ambientes académicos y medios de comunicación. La más importante de todas ellas es que a partir de 1994 este tipo de organizaciones, que se creían desaparecidas o confinadas a la marginalidad, demostraron una fuerza y un arraigo desconocido en varias zonas del país. A esto se suman las presiones de varios grupos sociales interesados en conocer la verdad acerca de la acción represora del Estado mexicano en los años sesenta y setenta. Esta demanda se ha convertido en una prueba de madurez para la joven democracia mexicana. La apertura al público de archivos oficiales y el creciente interés de los involucrados por contar sus historias han permitido avanzar en la reconstrucción de este episodio sórdido de nuestra historia reciente. ☼

Juan Miranda
Carne de Dios. Ritual mazateco
Prólogo de Juan Bañuelos, Misafra Comunicación, México, 2003, 50 págs.

Isaac García Venegas

Hubo un tiempo en este país que la mayoría de las fotografías carecían de autor. Muchas imágenes circulaban sin saber quién estaba tras la cámara. Juan Miranda vivió ese mundo que por fortuna hoy es tan sólo un recuerdo. Por ejemplo, existe una imagen que capta la salida de *Excélsior* del grupo de periodistas que, encabezados por Julio Scherer, incomodaban al régimen. Aquella foto la debemos precisamente a Juan Miranda. Y la revista *Proceso*, durante los años en que estuvo al frente Scherer, proporcionó las imprescindibles fotografías de Juan Miranda.

Buscando la imagen, este fotógrafo ha recorrido el país. Hallando lo inesperado, ha dado forma a su mirada. Una mirada que en algún lugar guarda la mirada de la legendaria María Sabina, la indígena que de la carne de Dios extraía su sabiduría. Porque sin quererlo ni pretenderlo tuvo el privilegio de "viajar" con Sabina cuando ella, por su edad, ya no podía curar. Al decir del Filogonio García, nieto y heredero de la sabiduría de María Sabina, porque su abuela le prestó su mirada, Juan Miranda llegó a lugares que a los mismos curanderos les es difícil. Un préstamo que no sólo marcó profundamente la vida de este fotógrafo, sino que le confirió una misión peculiar: dar a conocer a los curanderos de la región mazateca. Curanderos, no charlatanes: aquéllos a los que "Dios [destinó] para ayudar a la gente que así lo necesite y lograr con su ayuda que camine ligero".

Así, pues, con este libro Juan Miranda salda una deuda vital. Tal vez por eso mismo puso tanto empeño en hacerlo: no sólo es el autor del texto en el que comparte sus experiencias y de las bellas fotografías que captan a clarividentes y curanderos mazatecos con sus elementos de curación (velas, maíz, barajas, huevo, copal, hongos); es, además, propiamente el creador de un libro. A falta de apoyo de las grandes editoriales que han hecho del libro una mera mercancía, Miranda decidió "caminar ligero" sobre óbice tan mundano. Con otros –los cuates, los conocidos, los que quisieron ayudar– dio forma a un libro cuya sencillez, casi producto artesanal de la pura voluntad, da testimonio de una sabiduría inolvidable. ☼

Eugenio Aguirre
Lotería del deseo
Alfaguara, México, 2003, 273 págs.
Clara y su hija de pocos años juegan a la lotería en un puesto de la Plaza de Armas dé Oaxaca. Un sargento que también juega no tarda en sentirse atraido por esa bella mujer, cuya sensibilidad se palpa en el aire. Miradas, palabras y roces van aumentando en ambos la fiebre erótica.